

do (1), que dando suaves tornos ó rodeos, conducía á la hermosa casa de la ferrería.

XXXVII.

LOS ÁRBOLES.

Los árboles antiguos que amenizaban la colina de Olaechea, entre ellos unos enormes castaños que sombreaban la subida, no sólo habían sido respetados al restaurar la casa y sus dependencias, sino que habían sido mejoradas con singular cuidado é inteligencia sus condiciones vegetativas.

Por ello dí la enhorabuena á D. Juan y Leandro.

Sentámonos en un banco rústico al pié de un gran castaño, que me dijo Leandro le recordaba el que en los *Capítulos de un libro* había recordado yo con emoción por haber cobijado á mis abuelos cuando iban á dormir en paz en la humilde iglesia de Santa María de Montellano.

—Ya sabe V., me añadió, que estos bienes proceden de los antecesores de mamá, que fueron los que plantaron estos árboles, se sentaron á su sombra y sin duda se regocijaron con las primicias de su fruto. Bastaba esta circunstancia para que nosotros los respetásemos y aún les tuviésemos cariño; pero aún sin esto los hubiésemos conservado y mimado. A muchas personas haría reír lo

(1) *Chatarra* se llama á la escoria de las ferrerías y las fraguas con que se suele engravar los caminos.

que voy á decirle á V., pero á V. de seguro no, porque ya sabemos que V. piensa como nosotros en este punto. No es una sensiblería artificial lo que sentimos de los árboles y de otras muchas cosas los que somos dados al cultivo de la poesía; si entre las gentes rústicas de nuestros queridos valles abundan las que hasta sienten complacencia en desgarrar ó descortezar un arbolillo que empieza á hermohear el campo con su verdura, y á purificar el ambiente con los efluvios aromáticos de su sávia, de sus hojas, de sus flores, de su fruto, ó en herir con el hacha el árbol que durante siglos ha dado hermosura, sombra, salud, aroma, fruta, al lugar en que vegeta, también abundan en estos mismos hermosos valles gentes que sienten y piensan de los árboles lo que nosotros pensamos y sentimos, sin que se pueda decir de ellas, como se dice de las gentes cultas, que aquel sentimiento y aquel modo de pensar son sensiblerías de poetas, que por lo falsas corren parejas con los amores, la discreción y la hermosura pastoriles de las Dorilas y los Nemorosos. Supongo que V., que tanto se complace en recorrer nuestros valles y montañas, y recoger sus tradiciones y anécdotas y memorias populares, conocerá la sencilla pero hermosa y triste tradición del árbol de Aqueche.

—No, no la conozco.

—Pues se la contaré á V., aunque no con los deliciosos y tiernos pormenores con que nos la contaba mamá cuando yo era niño.

Marina era una hija de un pescador de Bermeo que tenía un huerto en los cercanos declives de Albóniga. Un

dia, siendo niña, la llevó su padre en su lancha á la isleta ó peñon de Aqueche, adonde el pescador iba á buscar madera para hacer un remo, porque ya sabrá V. que en Aqueche se cria un arbolito desconocido en el resto de la costa cantábrica, y de madera tan dura, veteada y hermosa, que puede competir con la más preciosa de las regiones tropicales.

Fijó su atencion el pescador en el árbol más grande, más recto y más frondoso que habia en la isleta y tomó el hacha para cortarle por el pié.

—Padre, no córtese ese árbol tan hermoso! ¡Cuánto tiempo habrá necesitado el pobre para crecer en estas áridas peñas!

Así exclamó Marina juntando las manecitas en actitud suplicante; pero como el pescador, burlándose de su simplicidad, fuese á descargar el hacha, la niña trocó su súplica por otra, reducida á pedirle que ántes de descargarla le permitiese arrancar un débil renuevo que habia brotado al pié del árbol grande, cuyo tronco y ramas le amparaban de la inclemencia atmosférica, y se veía amenazado tambien del hacha.

El pescador se detuvo, y la niña arrancó con mucho mimo y cuidado el arbolito, y miéntras su padre derribaba á hachazos el grande, ella envolvía con tierra y hojas frescas las raíces del pequeño que se proponía plantar en el huerto, prestándole el amparo de que el hacha le habia privado.

Apénas volvieron á Bermeo el pescador y su hija, ésta tomó en una mano el arbolito de Aqueche y en otra una azadilla, y encaminándose al huerto, plantó allí el

arbolillo, le puso un tutor de caña que le sostuviese, le regó con agua que llevó del arroyuelo próximo á fuerza de embozadas, ordenó y acarició sus ramitas doliéndose de verlas mústias, y se volvió á la villa muy consolada con la inocente idea de que el arbolito huérfano quedaba consolado tambien.

La mañana siguiente subió Marina al huerto y encontró al arbolito casi tan verde, fresco, lozano y risueño como estaba cuando le arrancó para librarle de la muerte, y continuando por algunos dias sus visitas y sus cuidados y caricias al arbolito, empezó á verle crecer y hermosearse, y la niña hasta le hablaba creyendo que el arbolito entendia sus cariñosas palabras. ¿No le parece á usted que si álguien la hubiera oído la hubiera tenido por estúpida?

—Ciertamente que sí, pero no si ese álguien hubiéramos sido nosotros. Yo, por más que mi razon lo rechace, creo á veces que los vegetales participan de la sensibilidad y el instinto de los animales. Una tarde de Junio atravesaba yo un maizal, y me complacia en observar cómo cada aluvia buscaba un maíz para abrazarse á él y suplir con la fortaleza de aquella planta su propia debilidad. En un claro de la heredad vi una pobre aluvia que inútilmente habia extendido su brazo buscando un maíz en que apoyarse, y cansada de buscarle y desesperanzada de encontrarle, habia dejado caer el brazo tristemente. Compadecido de ella y queriendo hacer una prueba que me parecia curiosa, arranqué con mucho cuidado, para no herir sus raíces, una planta de maíz que carecia de aluvia á que sostener y la planté junto á la aluvia,

precisamente en direccion contraria á la en que ésta habia dejado caer su brazo. Volví por la heredad la tarde siguiente y me encontré con que la aluvia estaba ya amorosamente asida al maíz.

— Realmente el hecho es interesante.

— No lo es ménos el relato del arbolito de Aqueche, que ruego á V. continúe.

— El arbolito de Aqueche creció y se desarrolló maravillosamente en el huerto de Albóniga, con los cuidados y caricias de Marina, que creció y se desarrolló á compás de él.

Un dia dijo el pescador á su hija :

— Voy á cortar ese árbol, por dos razones : la primera, porque el huerto es pequeño y con su sombra le va ocupando todo ese árbol inútil, y la segunda, porque le necesito para hacer remos, que se pueden hacer muchos de su tronco.

Marina, aterrada, suplicó á su padre que no cortara el hermoso árbol protegido por sus cuidados y su cariño ; pero su padre se mostró inflexible á sus súplicas y sus lágrimas.

El pescador estaba disgustado hacía tiempo de la simpleza de su hija, que era ya objeto de burla en la villa y en la aldea donde llamaban á Marina la enamorada del árbol.

Llegó la mañana siguiente y el pescador encontró enferma á su hija, sin que ésta supiese explicar la causa de su mal. Su mal consistia en una melancolía y un desaliento indecibles.

Echóse el pescador el hacha al hombro y se dirigió al

huerto para cortar el árbol, pero al llegar se encontró con que el árbol, verde y lozano el dia anterior, estaba mustio é inclinaba sus ramas al suelo tristemente.

Apoderándose del pescador una de aquellas ideas supersticiosas que tan frecuentes son en la gente de mar, se preguntó :

— ¿ Ha enfermado y entristecido Marina porque este árbol va á morir, ó este árbol ha enfermado y entristecido porque vaya á morir Marina?

Dominado su espíritu por esta idea y esta duda, el pescador no se atrevió á herir el árbol, como temiendo herir á su hija al herirle.

Volvió á casa con el hacha al hombro y el alma inquieta, y aunque volvia con intencion de decir á Marina que renunciaba á cortar el árbol, se arrepintió de ello pareciéndole ridícula la idea que le habia movido á no cortarle ; y como su hija continuase de mal en peor, se olvidó del árbol y no pensó más que en su hija que se moria lentamente.

En efecto, Marina acabó de morir algunos meses despues de enfermar, y como su padre la hubiese oido hablar del árbol de Aqueche en el delirio de la agonía, el pescador volvió á pensar en el árbol y determinó aserrar su tronco y labrar con su madera el ataud de su hija, á cuyo efecto volvió á tomar el hacha y se encaminó al huerto de Albóniga pocas horas despues de morir Marina.

Al entrar en el huerto vió con asombro que el árbol acababa tambien de morir, pues la última de sus ramitas verdes estaba mustia como si la hubiesen cortado hacía pocas horas.

— ¡Oh, exclamé conmovido, al terminar Leandro esta narracion, como prueba esa narracion popular lo que usted ha dicho, es á saber: que en el pueblo no faltan gentes que piensen y sientan de los árboles lo que nosotros pensamos y sentimos! ¿Quién es el autor de esa sencilla y triste historia?

— El pueblo, pues ni en Bermeo ni en la cercana Albóniga donde las gentes del pueblo la contaron á mamá, hay gentes de cultura literaria que se dediquen á inventar historias de esta naturaleza.

— Creo que el pueblo hace muy bien en propagarlas y aún en inventarlas; pues supongo que unas veces es inventor y otras es mero cronista de la verdad, tal como él la comprende.

— Y V. hace bien en imitarle.

Quizás Leandro me hubiera dicho esto con doble convicción, si yo hubiera podido entonces añadir á su recuerdo del castaño secular de Santa María de Montellano un suceso de fecha posterior.

Terminaba el mes de Abril del presente año, y hacía meses que la guerra civil convertía al hermoso valle de Somorrostro en lago de sangre y fuego. La batalla decisiva empezó, y el humilde Montellano posado en un escalon de la montaña, contemplaba lleno de espanto los horrores de aquel valle que un año ántes habia yo conmemorado cantando:

« ¡Qué confidencias tan dulces
y qué sueños tan alegres
en aquellas arboledas
que río abajo se extienden

hasta que al pié del Janeo
la mar azul aparece! (1)»

La sangrienta lucha se hizo extensiva al mismo Montellano, aunque no con el encarnizamiento que ofreció en los concejos de Sopena y Galdames, de cuyos amenos valles y quebradas laderas es mirador natural Montellano. En esta aldeita, de mí muy amada, que nunca pudo pensar que llegase á sonar su nombre en la historia española, se estableció accidentalmente el general en jefe del ejército victorioso, que á la par era jefe del Estado, y como tal fechó y suscribió allí diferentes decretos encaminados á la gobernacion de España.

Cuando la batalla no habia terminado aún, cuando los invasores de la aldea estaban cubiertos de sudor y sangre, cuando todos sus pensamientos eran de muerte y venganza, cuando dominaba en ellos la indignacion, cuando toda idea de belleza parecia refractaria á su inteligencia y su corazon, cuando tenian por pueblo enemigo, y por consecuencia les era odioso, al humilde que ocupaban, no faltó entre ellos quien recordase que quizá estaban á la sombra de un árbol saludado y cantado con emocion por un humilde poeta nacido en aquella aldeita.

(1) Ya que el Janeo ha adquirido celebridad, aunque triste, como todas las que se fundan en las luchas de hermanos contra hermanos, paréceme no del todo inoportuno decir que su nombre vascongado, modificacion de Ganeo por la propension que se nota en el litoral cantábrico occidental á aspirar las iniciales, significa cúspide suave y redonda, como es la suya, de *gan*, cúspide ó altura y *eo*, cosa suavemente plana y redonda.

¡Y buscando el castaño secular conmemorado por el poeta, se sentó á su sombra, y meditó, y sintió, y quizá lloró honda y santamente la lucha fratricida, cuyo espantoso estruendo aún llegaba á su oído, y movido por el noble sentimiento que habia despertado en su alma un árbol centenario, cuya sombra se enlazaba con la santa sombra de una iglesita rural, procuró comunicar aquel sentimiento á sus compañeros, tostados por el fuego y enrojecidos por la sangre del combate, y quizá el castaño secular, cantado y bendecido por el poeta, libró á la pobre aldeita donde descansan los huesos de mis abuelos de ser convertida por el hierro y el fuego en pavoroso campo de soledad y ruina!

¡Cómo no ha de amar y bendecir á los árboles el autor de este libro!

XXXVIII.

EN OLAECHEA.

Al levantarnos del banco rústico, notó D. Juan que yo tenía tiznada de rojo la mano derecha.

—Dispense V., me dijo, que al darle la mano en el nocedal me olvidase de que las mias estaban envenenadas.

—El primer guante que usé fué de esa tela y ese color, contesté, recordando que aún no tenía yo diez años cuando ya subíamos otros de mi edad y yo á las veneras de Triano, cabalgando en sendas mulas venateras y cantando:

«Por Pucheta arriba van
los de la mala fortuna,
unos diciendo: «Arre, buey»,
y otros diciendo: «Arre, mula.»

O:

Si la fuente de Torres
manára vino,
más de cuatro cayeran
en el camino (1).

O:

No valen los tesoros
que hay en la Habana
lo que una morenilla
somorrostrana.

O:

A la Trinidad piden
las venateras
que callen las encinas
de las Carreras (2).

O:

Si subieran á Abanto
los Muñatones,
no los conquistarian
á tres tirones (3).

(1) La fuente de Torres es una muy rica y célebre, entre Somorrostro y Galdames, que yace olvidada desde que hácia 1850 se abrió la carretera por el lado opuesto del río.

(2) En el llano de las Carreras hay una ermita, dedicada á la Santísima Trinidad, y restos de un encinar que ya existía en el siglo XIV, según dice Lope García de Salazar en su *Libro de las buenas andanzas é fortunas*, escrito casi á la sombra de aquellas encinas en 1470. Aquel llano era como el descansadero de la carretera y mulatería que bajaba para los puertos y las ferrerías la vena de hierro de los montes de Triano. Llamóse primitivamente Abanto, que equivale á *descansadero pequeño*, y luego tomó el nombre de las Carradas (convertido al fin en las Carreras), porque allí se depositaban las carradas de vena.

(3) ¡Qué distante estaría el autor de esta copla de pensar que San Pedro de Abanto, y aún la torre de San Martín de Muñatones, habían de alcanzar la triste celebridad que han alcanzado en 1874!